

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

### SELLOS CON LOS RETRATOS

DE

ORENSE, FIGUERAS,  
RUIZ ZORRILLA Y CASTELAR

Están admirablemente grabados por el renombrado artista don Bartolomé Maura.

Precio de cada sello 25 céntimos.

Se ponen á la venta para fines de propaganda.

Los pedidos á la administración de El Motín.

## PALINODIA

El gran Tolstoi está con el alma su un hilo. Es fama que se le puede ahogar con un caballo. Ni es para menos lo que le sucede. El Santo Sínodo ha resuelto separarle de la comunidad de los fieles y prohibir toda plegaria consagrada á su memoria si muere sin arrepentirse. Y como Tolstoi sabe muy bien que los propios merecimientos, las virtudes y las buenas obras no procuran la salvación si no van acompañadas por las liturgias de la Iglesia y las oraciones del vulgo, de ahí procede la honda tribulación que trae acogojado su espíritu.

Es ésta tal, que ha decidido al grande hombre (lo sabemos de buena tinta) á hacer una retractación solemne de los extravíos que han atraído el anatema sobre su cabeza á la vez venerable y pecadora. Cuyo documento, reducido á esqueleto, y salvos, naturalmente, los primeros del pensamiento y del estilo, viene á decir en sustancia, según informes fidedignos, algo parecido á lo siguiente:

«Yo, León Tolstoi, conde de Tolstoi, á punto de comparecer ante el tribunal de la Justicia Eterna, hago público desagravio á la Iglesia ortodoxa, justamente ofendida por mis heréticas doctrinas. Harta razón ha tenido el Santo Sínodo para anatematizarme en nombre de Jesucristo. Arrepentido de mis errores, declaro querer morir en el seno de la comunidad de los fieles recordando las palabras de Aquel que anunció que un día habría de llegar en que yo no se adorase á Dios en espíritu y en verdad, sino en Jerusalén ó en Samaria.

Yo, en mi desvarío, he maldecido la diadema. En mi libro *La guerra y la paz*, tan bello, humanamente hablando, traté de patentizar la bárbara inutilidad de la humana carnicería. Cerrados los ojos á la realidad, neguéme á rendir tributo á la religión de los hechos. No quise reconocer que la guerra es santa cuando la impulsan santos móviles; el de apoderarse de las colonias españolas, el de quedarse con las minas de oro del Africa austral, el de repartirse la China. Ni siquiera admití la guerra defensiva. Por eso hoy me excomulga el Santo Sínodo, invocando el Evangelio. Porque allí está escrito: «Exterminaos los unos á los otros; aniquilad á vuestros enemigos; devolved mal por mal; al que te abofetea en una mejilla, abofetale tú en ambas; bienaventurados los soberbios, los guerreros y turbulentos, los crueles y enemigos de los hombres.» Y también dice: «Si trajeres tu presente al altar, y allí te acordases que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí tu presente y no vuelvas hasta haberte vengado de tu hermano.»

Yo he censurado duramente á las altas clases. En mi hermosa novela *Ana Karenina*, y en casi todas mis obras, pongo de relieve la podredumbre que corroe á los ricos y poderosos de la tierra. Siempre fueron mis predilectos los pobres, los desvalidos, los desheredados. Por eso el Santo Sínodo prohibe á los *mujiqs* que oren por la salvación de mi alma, en nombre de Aquel que quiso nacer de regia estirpe, en dorada cuna, y eligió por discípulos á un cortejo de príncipes; de Aquel que decía á los fieles: «hazte rico y sígneme», y le recomendaba que no se cuidasen de acumular bienes en el cielo, sino tesoros en la tierra; de Aquel que anunciaba que más fácilmente pasaría un camello (ó un cable, que para el caso tanto monta) por el ojo de una aguja, que entrar un pobre en el reino de los cielos.

Yo he fastigado en mi último libro *Resurrección* el régimen bárbaro de nuestras prisiones, donde aparecen confundidos los culpables con los inocentes, donde algunos parias de la sociedad, más desdichados que delinquentes, son tratados con salvaje crueldad y sometidos á las mayores humillaciones por hombres que no valen más que ellos. En mi delirio llegué hasta negar á la sociedad el derecho de castigar. Olvidaba que está escrito: «Juzgado para no ser juzgado; perdónanos nuestras deudas, ya que nosotros no perdonamos á nuestros deudores; bienaventurados los que persiguen á sus hermanos en justicia y los que están de justicia hartos; al que te quite la capa, mándale á presidio.»

Yo he criticado acerbamente los vicios de la Iglesia, las ceremonias sin unción, las

devociones sin piedad, el abuso del juramento, la profanación de colocar la imagen de Cristo en todos los antros de la injusticia social, la hipocresía, la codicia, la incontinenencia y la ignorancia de nuestros *popes*. El Santo Sínodo me ha excomulgado por ello recordando la doctrina del Maestro, fundada toda en la letra que vivifica, no en el espíritu que mata, y repitiendo las palabras con que el Cristo enaltece la hipócrita devoción de los fariseos, llamándoles sepulcros blanqueados, y las exhortaciones que hace á sus discípulos para que juren y perjuren á troche y moche.

De todo ello amargamente me arrepiento y declaro que, para seguir perteneciendo á la grey de Cristo y merecer después de muerto las plegarias de los fieles mis hermanos, en vez de renunciar honores y riquezas, vestir la blusa del *mujiq*, aprender un oficio, retirarme al campo para vivir entre los indigentes compartiendo sus penas y alegrías, y consagrar todas las fuerzas de mi espíritu al apostolado de la justicia y la verdad, he debido morar en la corte, lisonjear á los poderosos, acumular grandes riquezas, desempeñar altos cargos, renegar de la justicia, desoír la voz de la verdad, mentir á mi conciencia y llegar así acaso á ser miembro del Santo Sínodo. Ahora reconozco, aunque tarde, que la ortodoxia consiste en afirmar la divinidad de Jesucristo, aunque no se practique ni una letra de su doctrina. Que no en vano está escrito: «Todo el que diga Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; no el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos.»

Esto dicen que dirá el inmortal Tolstoi al Santo Sínodo. ¡Cuántos otros, en medida infinitamente más modesta, deberíamos cantar también una palinodia semejante!

ALFREDO CALDERÓN

## ¿Honradez ó tontería?

Hace pocas mañanas fué encontrado, no recuerdo en qué calle, un anciano tendido en el suelo é inmóvil. Auxiliado por los vecinos, se le suministró una taza de caldo con la cual se reanimó un poco y pudo trasladarse á su casa. El anciano era un cesante, y el hambre la causa de su desfallecimiento.

¡Bah, un tonto! exclamé al leer la noticia. Uno que ha tomado en serio ciertas ideas, y muere víctima de su torpeza; un hombre honrado, un pobre hombre, en fin. ¡Morirse de hambre en estos tiempos! Decididamente ese cesante ha sido un majadero toda su vida. Como si lo viera: cuando estuvo empleado le daría por ser probo y laborioso, y por las tardes, al retirarse á su casa, saborearía con su mujer y sus hijos las desabridas patatas de la honradez, y después se dormiría tranquilo sobre el sucio jergón de la decencia. Lo dicho, un tonto. Que no se ofenda, pero él se tiene la culpa de lo que le sucede.

Hubiera hecho lo que tantos otros que conocerá, y á buen seguro que se viera así; eligiera á tiempo cualquier camino de los muchos que hay abiertos para medrar, prescindiera de su conciencia, se pasara la mano por la cara, y hoy, adulado y respetado, viviría espléndidamente, y al morir mañana no faltaría quien encomiara sus virtudes públicas y privadas.

¿Quiere ejemplos? Tienda la vista por cualquier parte, si sus ojos, cansados de llorar, se lo permiten, y verá triunfante la impudencia, adulado el vicio y encumbrada la deshonor.

Mientras él soportaba la miseria honrada—¡he dicho miseria honrada! pues borro la frase por falsa é inadmisibile—la miseria degradante, esos otros, disfrazados y ocultos tras los bastidores del teatro social, practicaban el robo decente que el oro de las molduras sanciona, y que hecho en la calle conduce á presidio; robo que hoy les permite pasar con indiferencia al lado del que desfallece de indigestión de virtud.

Y en tanto que él, rodeado de caras macilentas y de ojos suplicantes de niños hambrientos, consideraba lo largo que es un día sin pan y sin abrigo, ellos, los hábiles, bullían, se agitaban, y por toda clase de medios se enriquecían, que nada es tan fácil en las épocas de eclipses de sentido moral; y hoy todos tienen derecho á mofarse del torpe cesante que cae en esas calles desfallecido por falta de una taza de caldo. Y tienen razón, ¡qué diablos! la cuestión es vivir, y vivir bien, caiga el que caiga.

Resignate, cesante—iba á decir fastidiado;—y ya que has sido un necio toda tu vida, sufre las consecuencias. Muérete de hambre en un rincón, y deja á tus hijos la miseria por herencia, que ella se encargará de traer de la mano á la deshonor. Y no te enorgullezcas de tu honradez al exhalar el último suspiro,

ni creas que has producido efecto alguno en el papel de víctima que has desempeñado en la farsa social; nada de orgullo.

Para uno que diga jera un hombre de bien!, habrá diez mil que exclamen: jera un tonto! Y menos mal si tus hijos no opinan lo mismo á los dos días de no alimentarse.

JOSÉ NAKENS

## EN PLENA BARBARIE

Las grandes potencias que se llaman civilizadas y que con una ó otra interpretación más ó menos lógica siguen en lo moral las doctrinas de Cristo, de amor y de paz, encuentran hace tiempo sobresaltadas y recelosas, aperciéndose grandes armamentos y movilizando enormes masas de combatientes, en previsión de bélicas revueltas que parecen resagarse en este siglo que comenzó con refrigerantes brisas de libertad y de inmensos adelantos en las ciencias y en las ideas, y amenaza acabar con ventos tempestuosos de guerra y exterminio.

Después de tanto preconizar el derecho, la justicia y la razón, hemos venido á caer bajo el dominio pleno de la fuerza bruta.

Las imponderables riquezas obtenidas del esfuerzo intelectual y del trabajo físico de los pueblos, se han invertido por los gobiernos autócratas y teócratas de las naciones de Europa en adquirir elementos de muerte y destrucción; los adelantos portentosos de la química y la mecánica se han puesto preferentemente al servicio de la guerra, produciendo inventos admirables por la suma de talento y de ingenio que representan y monstruosos por sus efectos en el oficio á que se los destina.

Masas enormes de hombres en plena juventud y virilidad, cuyo trabajo sería productor de inmensas riquezas y gran elemento de prosperidad y bienestar dedicado á la agricultura, las artes y los oficios, son arreadas al campo, á la fábrica y al taller para ser recluidas y esterilizadas bajo las estrechas y severísimas leyes de disciplina en los acuartelamientos militares y en los soldados de los buques de las armadas.

Esto dices que vino haciéndose en beneficio de la paz, de esa paz armada que no es más que la guerra lenta y sin estrépito de cañonazos que ha venido esquilmando y destruyendo los pueblos, haciendo casi imposible su vida en lo económico y en lo moral.

Los grandes aprestos militares y la ostentación de poderosos elementos de combate terrestres y marítimos que han hecho todos los Estados europeos, son los que hasta ahora han mantenido en equilibrio las relaciones de los gobiernos, y los que han contenido los impulsos de rivalidad y de ambición en los límites de la prudencia convencional, disfrazada en el gárrulo lenguaje de la diplomacia moderna con el nombre de relaciones amistosas.

Es decir, hablando claro y desechando hipócritas figuras retóricas é indignos eufemismos que sólo sirven para desfigurar ó atenuar el verdadero sentido de las palabras que expresan las ideas, la paz europea ha estado y está aún sostenida por el miedo que las grandes potencias se tienen unas á otras. Y esto no significa otra cosa sino que hemos vivido y vivimos bajo el dominio de la fuerza, de la barbarie que no ha dejado de existir y que hoy está sólo contenida en parte por el poder de las armas, que al fin de la jornada, substituyendo el antiguo tosco feudalismo por el actual militarismo ilustrado, ha venido á suplir las deficiencias de todas las creencias religiosas, de todas las teorías sociológicas y de todas las doctrinas filosóficas encaminadas á mejorar, dulcificándolos y humanizándolos, los naturales perversos instintos de la raza.

Las pasiones del egoísmo y de la ambición que impelen á un Estado á quitar á otro algo que le envidia, no se contienen ante la idea de la injusticia del intento, sino ante el temor de las represalias; si éstas no son de temer, el despojo y el atropello se realizan de hecho y se justifica la acción con cualquier pretexto ó sutileza fácil de inventar en las modernas cancillerías. En último caso se mantiene el hecho con razones que no dejan lugar á dudas, puesto que están expresadas con la elocuencia contundente que usan las bocas de los cañones.

¿Qué mayor razón ni justicia puede pedirse á Inglaterra para poseer Gibraltar, que las que representan las formidables baterías instaladas en la Plaza y en el Peñón? ¿Quién se va á meter en discusiones acerca de su derecho, si para contestar tiene enormes cruceros y potentes acorazados y monitores que por su número y calidad sobran para dar argumentos que convencen á cualquiera?

¿Por qué Francia no recobra las nunca olvidadas Alsacia y Lorena, ni toma revancha del sitio de París y del vergonzoso *débaule* gráficamente pintado por su gran Zola?... ¿Por falta de deseos? No. ¿Por falta de razón? Tampoco. Porque Alemania cuenta con millones de fusiles y miles de cañones que se lo impiden.

En cuanto esta suprema razón de la fuerza desaparece, nada contiene la rapacidad y la ambición de esas civilizadas y cristianísimas grandes potencias.

Por esa misma razón de la fuerza y la barbarie imperante en los pueblos grandes, emporios de la ilustración y el progreso modernos, los Estados Unidos de América se apro-

piaron Cuba, Filipinas y Puerto Rico, Inglaterra aciba de apropiarse la República del Transvaal, y las apropiaciones que aún vendrán después por éstas y otras grandes potencias que tienen fijas y amenazantes sus miradas de águila y exacerbados sus apetitos de buitres para caer sobre otros pueblos que no pueden oponer á sus ambiciones, apoyadas por las bombas de *mellini* y las balas *dum dum*, otros argumentos que las insignificantes frases *justicia, derecho y razón*.

Los intereses internacionales que hoy están en sangriento litigio en el extremo Oriente, pueden ser muy bien la causa que haga desbordarse de una vez las pasiones de ambición y rivalidad mal contenidas hasta ahora por la mítica cobardía disfrazada por la diplomacia con la máscara de la prudencia.

Quizá de los sepulcros imperiales de la ciudad de Pekín surja la chispa que incendie y haga estallar el inmenso depósito de pólvora acumulada en Europa. Si la cuestión de China se agría y sigue adelante, cuando las potencias interesadas la vengan y lleguen á tratar del reparto, es fácil que el mundo contemple el horrible espectáculo de una gran lucha de lobos hambrientos, disputándose el festín que ofrece repugnante carroña.

¿Quién hubiera dicho á los pensadores y filósofos de este siglo, cuyas ideas de libertad, de progreso y de solidaridad humana han acogido con ansia, como símbolos de redención, las generaciones actuales, que iba á terminar llevando los cañones y la fuerza bruta la voz cantante de la razón!

JOSÉ CINTORA

## Ironía sangrienta

Se llama *emboscarse* al acechar traidoramente al enemigo; y á destrozarle cogéndole descuidado, *hacer una sorpresa*. Apropriadamente se llama *emboscarse* á vivir sobre el país, proveer á las necesidades del ejército; exigir por fuerza lo que la conciencia y la dignidad rechazan, se llama *aplicar la ley marcial*; *es bombardear una plaza*, sacrificar sin propio riesgo á los inermes que están en ella; y *bloquearla*, matarlos de hambre. La tala y la destrucción son *necesidades militares*, medios de *privar de recursos al enemigo*; acuchillar á los que no se defienden y van huyendo, es *perseguir á los fugitivos*; preparar máquinas y aparatos con que un hombre sin peligro inmolara traidoramente á centenares de hombres, es *volar una mina ó determinar la explosión de un torpedo*; en fin, la tierra ensangrentada donde se cometen semejantes vilezas, se llama *campo del honor*.

CONCEPCIÓN ARENAL

## Niños y Mujeres

### EL NIÑO DEL OBRERO Y EL NIÑO DEL BURGUES

Los niños de los burgueses por regla general no los crían sus madres. La constitución física de las damas suele ser bastante delicada y por otra parte las incomodidades de la lactancia son muchas. Se busca una nodriza que supla la falta de vigor de una madre, y con los pechos de una obrera montañesa, robusta y sana, se satisface cumplidamente la primera necesidad que todos sentimos al venir al mundo: la de saciar el hambre.

El niño no debe llorar. Constantemente en brazos, apenas despierta, muchas veces mientras duerme también, tiene el pecho en la boca.

Así pasa los primeros meses, sin sufrir en lo más mínimo las contrariedades de la vida. La madre y la nodriza, dedicadas exclusivamente al cuidado de la criatura, son una garantía de que no habrá de estar desatendido, de que no ha de padecer molestia alguna. Apenas abre sus pequeños labios para llorar, la teta toda se pone en conmoción. «Que el niño llora!» exclaman todos, y desde el primero al último todos corren á impedir que el niño lllore. A la nodriza, con tal de que el niño no lllore, con tal de que el niño esté bien nutrido, se le conceden preeminencias extraordinarias. Durante una temporada es la verdadera ama de la casa é impone como ley hasta sus menores caprichos.

Crece el pequeño en medio de mimos y de halagos. El primer diente que rompe la encía, la primera palabra que articula, el primer paso que da, todo es objeto de alegría y algazara en la familia.

El mayor placer de los niños son los juguetes. Cada día tiene uno el pequeño, sin perjuicio de que le sirvan de juguete todos los muebles de la casa, que á veces destroza, refiriéndose luego como una gracia la hazaña del chiquitín.

El niño ya no lacta, pero no puede dejar de tener una mujer á su servicio. A la nodriza reemplaza la niñera. Esta no tiene otra obligación que cuidar de él. Lo viste, le da el desayuno y su misión durante todo el día es procurar que se distraiga, que el niño no se aburra, que el niño no padezca.

Si le aflige alguna de esas enfermedades propias de la niñez, la familia se constituye á la cabecera del enfermito, los médicos ponen á contribución su ciencia, la farmacopea agota sus recursos. Se hacen esfuerzos de cuidado y de dinero para salvar la vida del pequeño ser.

El niño abandonó los pañales, y la madre preparó un buen surtido de trajes para sacarlo. En invierno el niño va forrado de lana, cuando no de pieles. Los pies, el cuello y á veces la cabeza, procuran sobre todo guardarlos de las inclemencias del tiempo. Si hace mucho frío no sale de una habitación en la que los cristales, los cortinajes y las estufas impiden llegue á él el frío del exterior.

El alimento que se le da es nutritivo y fácil de digerir, procurando también no cansar su paladar con la monotona de los guisados. El dulce no se le prodiga para que no le haga daño, pero con frecuencia se le otorga el placer de saborearlo, que es uno de los mayores que se experimentan á esa edad.

Así va creciendo sin conocer el hambre, sin conocer el frío, sin gustar el acibar de la existencia. Entre juguetes, bombones y caricias llega el momento de que ingrese en un colegio. Ésta es la primera contrariedad que sufre en la vida. No suelen mostrar los hijos de padres acomodados gran afición á estudiar, pero es preciso que el niño aprenda y con más ó menos rigor se le obliga á que estudie. Esta contrariedad le abre, en cambio, grandes horizontes en la vida. Mientras los demás son ignorantes, él aprende, y la instrucción pone en sus manos recursos que luego han de servirle de mucho en las luchas de la existencia, asegurándole una superioridad y una preponderancia sobre los demás hombres.

Veamos la otra casta. El jornal del obrero no alcanza para pagar nodrizas. La madre, pueda ó no pueda, ha de lactar á su hijo. Acaso así destruya su organismo, acaso el niño muera de anemia por insuficiente alimentación. No hay otro remedio. Si llora mucho procura enganárselo con el biberón. Antes de que pueda digerir se le dan papillas, sopas ó cualquier otro alimento, y apenas venido al mundo ya comienza á experimentar los dolores del hambre. En caso extremo se busca una nodriza que lo críe en su casa. Los padres se ven en el triste caso de entregar el recién nacido á manos mercenarias y el niño, fuera de su casa, lejos de su madre, queda á merced de una mujer extraña que, por buena que sea, no experimenta hacia el cariño alguno; no la liga al pequeño otro vínculo que las pocas pesetas que recibe al mes.

Lo mismo la madre que la nodriza han de atender á las faenas de la casa porque no tienen criados que las suplan. El niño es imposible que esté siempre en los brazos. La mayor parte del día lo pasa en la cuna. Llorar y se desganita, pero ¿qué hacer? Se acostumbra á oírlo llorar y le escuchan impasibles.

Padeciendo hambre y anegado en llanto sufre el hijo del obrero los primeros meses de su existencia.

Antes de que asomen los dientes, ya come de todo. Si el estómago resiste el alimento, criase robusto y sano. Si no lo resiste, sucumbe y muere.

Apenas tiene fuerzas para moverse, arrástrase á gatas por la habitación, porque no hay niñera para él y la madre no puede consagrarle los cuidados que deseara. Sus gracias no tiene quien las celebre. El padre ausente en el taller, la madre distraída en sus obligaciones, no paran mientras apenas en las monadas de su hijo. Al contrario, la nodriza que engendra la miseria muéveles á castigar demasiado pronto las travessuras del pequeño, y éste, además del hambre y los llantos, tiene que sufrir los azotes.

Ya anda el niño, y como no tiene niñera camina por sus respetos. Recorre la vecindad exponiéndose á caer en una acequia si vive en el campo, á ser atropellado por un carruaje si vive en la ciudad. Sus juguetes son los guijarros de la calle, su paladar no conoce el dulce, y sus pies desnudos, su cabeza descubierta, su vestido que consiste en un guñapo, son el triste símbolo que le anuncia las privaciones del porvenir.

Si el niño enferma, el médico, que no suele ser ninguna lumbrera, le hace una visita al día cuando más, el boticario le suministra las peores medicinas, los padres no pueden velar constantemente al lado de su cuna, con su carencia de instrucción no es fácil que secunden bien los esfuerzos del facultativo. Frecuentemente es sometido el enfermito á las torturas de algún medicamento casero suministrado por cualquier charlatán, y todos los años miles y miles de niños de obreros pagan su contribución á la muerte, librándose así de una vida penosísima é ingrata.

El niño estorba en casa, hay que llevarlo á la escuela. Como el maestro no recibe emolumento alguno de los padres, no se desvive porque el niño aprenda; y cuando apenas sabe deletrear, los padres calculan que es muy bueno que el chico sepa; pero como el jornal de ellos no basta para alimentar á la familia, y el hambre se cierne sobre el hogar, antes que nada se comer, y á fin de que ayude á ganar la comida, lo envían al taller ó lo dedican á faenas sencillas compatibles con su edad.

En los muelles, ennegrecidos por el polvo del carbón mineral que transportan, en los campos, tostados por el sol ayudando en la trilla, en los caminos cubiertos de polvo recogiendo estiércol, en los talleres, anémicos y flacuchos; sirviendo de criados á los adultos, encontraréis millones de niños que aún no han llegado á la pubertad y podían contaros una historia de lágrimas, de hambre y de tristeza que asusta.

Con el estómago vacío de pan y la inteligencia limpia de ideas; es lanzado el niño obrero á la corriente de la vida.

## LA OPINION

¿Tú sien ardiendo, turba la mirada, teñido el rostro de rubor sangriento, la espléndida melena suelta al viento, la vestidura al seno desgarrada, ella me ciñe en líbrica lazada, trémulo el cuerpo, el labio macilento, con honda sed bebiéndome el aliento en su boca mi boca aprisionada.

¡Oh visión que mis sueños envenena! ¡quién ores, di, mujer, deidad ó harpía que en lava de volcán hinchas mis venas!

—Soy la opinión, tu esclava y tu tirana; tu dama desdeñosa sólo un día; otro soy tu rendida barragana.

ANTONIO DE LOS RIOS Y ROSAS

## SUEÑOS DE GLORIA

Todavía no sabía yo leer, llevaba mame-luco, y lloraba cuando mi aya me limpiaba la nariz, y ya me sentía devorado por el amor á la gloria. En la edad más tierna alimentaba ya el deseo de hacerme ilustre sin pérdida de tiempo, y de llamar la atención general.

Buscaba los medios para ello á la vez que colocaba mis soldados de plomo sobre la mesa del comedor. Si hubiera podido habría ido á conquistar la inmortalidad en los campos de batalla, y hubiera llegado á ser como uno de aquellos generales que agita entre mis manos, y á quienes dispensaba los honores del triunfo sobre una mesa. Pero no consistía en mí el tener un caballo, un uniforme, un regimiento y enemigos, cosas todas esenciales á la vida militar.

Pensé entonces en ser santo. Esto exige menos aparatos y produce mayores alegrías. Mi madre era piadosa. Su piedad sería y amable, como ella, me conmovía mucho. Me leía

¿menudo la Vida de los santos, que yo escuchaba con delicia, y que inundaba mi alma de sorpresa y amor.

Para abandonar a ellas sin pérdida de tiempo, rehusé almorzar. Mi madre, que no sabía una palabra de mi nueva vocación, me creyó enfermo y me miró con una inquietud que me dió lástima.

La ventana de la alcoba del doctor Noziere, mi padre, daba a la calle, y por ella arrojé una docena de céntimos que me habían dado porque eran nuevos y brillaban.

Tuve un arranque de cólera, y quedé luego avergonzado al oír que me juzgaba así. Pero consideré que mi padre no era santo, como yo, y no participaría, por lo tanto, de la gloria de los bienaventurados en mi compañía.

A la hora de paseo me pusieron mi sombrero: yo le quité las plumas, imitando al beato Labre, que, cuando le daban una gorra vieja y llena de grasa, se cuidaba de ensuciársela en el fango antes de ponérsela.

Mi madre, al saber la aventura de las riquezas y la del sombrero, se encogió de hombros y lanzó un gran suspiro. Yo la hacía sufrir mucho.

Durante el paseo mantuve la vista baja para no distraerme con los objetos exteriores, conformándome así con un precepto repetido en la Vida de los santos.

Al regresar de este saludable paseo, y para completar mi santidad, me hice un cilicio rellenándolo de la capalda con las crines de una silla vieja, y experimenté en ello nuevas tribulaciones, porque Julia me sorprendió cuando imitaba yo así a los hijos de San Francisco.

Reflexionando en los penosos incidentes de este día, reconocí lo difícil que es practicar la santidad en el hogar doméstico, y a la vez por qué los Santos Antonio y Jerónimo se habían retirado al desierto entre leones y matorrillos.

En una carpeta donde había escrito: Caracteres, rasgos y situaciones, tomadas del natural que pueden servirme para distintos usos, se encontraron los apuntes siguientes:

«Los maridos de buen tono suelen contar a sus mujeres todos sus amores pasados, franqueza que procede de la vanidad más que del arrepentimiento.

«El que siempre habla de broma es un ente insostenible y en el fondo egoísta, indiferente y malvado. Hago todo lo posible para no ser hombre, suprimiendo la severidad de la razón. Es un tipo nuevo en la escena y verdadero en el mundo.»

«Conozco a dos viejos que se aborrecen, y que no pueden, sin embargo, dejar de tratarse. Todos los días pasean juntos. — O callan, o riñen.»

«Ya no hay diferencia de clases: las bajas son remedo de las altas. Puede ser muy cómico el contraste de los defectos de la imitación. — Un cuadro en que procuran todos imitarse unos a otros, sería muy teatral.»

Un marqués (a quien he tratado) tuvo que ausentarse de su ciudad natal, por cuestiones políticas. Enamoróse en el pueblo adonde se refugió de la mujer del médico, que era muy hermosa, y fué correspondido.

El médico lo supo y logró sorprenderlos. El marqués pudo huir, pero a ella la lió de un pistoletazo el agraviado esposo, y disparándose otro en seguida en el corazón, quedó muerto en su presencia.

La adúltera sanó, y hoy, casada con un antiguo amante, es la marquesa de... Al principio, la alta sociedad resistió su trato... ¡Hoy ya, como si tal cosa!

«Por qué no rezas por el alma de tu marido? ¿Le conservas aún rencor? —No, señora. Pero, si está en el cielo, mis oraciones no le tirven de nada; si en el infierno, de allí no han de sacarle; y si en el purgatorio, ¡ahí es donde yo le quiero!»

Viendo uno en casa de Federico de Madrid el retrato de... exclamó: —¡Qué parecido tan grande! ¡Si está robando!»

Y no quiero acabar, sin copiar aquí este retrato que hizo de un gran poeta: CAMPOAMOR

Tu bondad, tu trato ameno, tu faz, tu ingenio florido, Campoamor, soy un veneno; pues, siendo tan descreído, no debieras ser tan bueno.

estampar en mis tarjetas: «Ermitaño y santo del calendario», como papá pone en las suyas: «Miembro de la Academia de Medicina y de la Sociedad de Antropología».

Al oír esto, mi madre dejó caer el peine que pasaba por mis cabellos. —¡Pedrol! —exclamó, —¡Pedrol! ¡Qué locura y qué pecado! ¡Qué desgraciada soy! Mi hijo ha perdido el juicio a la edad en que aún no se posee. —Y dirigiéndose a mi padre. —Ya has oído; no tiene más que seis años, ¡y ya quiere ser célebre!

—Amiga mía —replicó mi padre— verás cómo a los veinte años pensaré todo lo contrario.

—¡Dios lo quiera! —dijo mi madre;— no me gustan los vanidosos. Dios lo ha querido, y mi padre no se engañaba. Dominado por una invencible pereza, apuraba el ingenio en convencerse a sí mismo de que debía trabajar; y ya que no lo conseguía, se apresuraba a estampar en el papel la prueba de su falta de entereza para que en lo sucesivo pudiera servirle de escarmiento. Estos versos lo prueban:

LA SEMANA QUE VIENE... DE LOS HOLGAZANES

Lunes que á rienda tondida, vas del martes empujado, cuántas veces te he fiado la corrección de mi vital ¡Te vas! ¡La dejas sumida en dudas desgarradoras! Pero, al fin, algo mejoras mi condición, pues hoy siento más vivo el recordamiento de haber perdido tus horas.

Para disculpar en parte su pereza, escribió esta décima preciosa:

LA PLUMA

¡Pluma!, cuando considero los agravios y mercedes, el mal y bien que tú puedes causar en el mundo entero, que un rasgo tuyo severo puede matar a un tirano, y que otro, torpe ó liviano, manchar puede un alma pura, me estremezco de pavora al alargarte la mano.

En una carpeta donde había escrito: Caracteres, rasgos y situaciones, tomadas del natural que pueden servirme para distintos usos, se encontraron los apuntes siguientes:

«Los maridos de buen tono suelen contar a sus mujeres todos sus amores pasados, franqueza que procede de la vanidad más que del arrepentimiento.

«El que siempre habla de broma es un ente insostenible y en el fondo egoísta, indiferente y malvado. Hago todo lo posible para no ser hombre, suprimiendo la severidad de la razón. Es un tipo nuevo en la escena y verdadero en el mundo.»

«Conozco a dos viejos que se aborrecen, y que no pueden, sin embargo, dejar de tratarse. Todos los días pasean juntos. — O callan, o riñen.»

«Ya no hay diferencia de clases: las bajas son remedo de las altas. Puede ser muy cómico el contraste de los defectos de la imitación. — Un cuadro en que procuran todos imitarse unos a otros, sería muy teatral.»

Un marqués (a quien he tratado) tuvo que ausentarse de su ciudad natal, por cuestiones políticas. Enamoróse en el pueblo adonde se refugió de la mujer del médico, que era muy hermosa, y fué correspondido.

El médico lo supo y logró sorprenderlos. El marqués pudo huir, pero a ella la lió de un pistoletazo el agraviado esposo, y disparándose otro en seguida en el corazón, quedó muerto en su presencia.

La adúltera sanó, y hoy, casada con un antiguo amante, es la marquesa de... Al principio, la alta sociedad resistió su trato... ¡Hoy ya, como si tal cosa!

«Por qué no rezas por el alma de tu marido? ¿Le conservas aún rencor? —No, señora. Pero, si está en el cielo, mis oraciones no le tirven de nada; si en el infierno, de allí no han de sacarle; y si en el purgatorio, ¡ahí es donde yo le quiero!»

Viendo uno en casa de Federico de Madrid el retrato de... exclamó: —¡Qué parecido tan grande! ¡Si está robando!»

Y no quiero acabar, sin copiar aquí este retrato que hizo de un gran poeta: CAMPOAMOR

Tu bondad, tu trato ameno, tu faz, tu ingenio florido, Campoamor, soy un veneno; pues, siendo tan descreído, no debieras ser tan bueno.

Hoy, con tu ejemplo se ve más válida la opinión de que es fácil que se dé, la moral sin religión, y la conciencia sin fe. ¡Hombre, no inspires amor! Te lo ruego por Dios vivo... hazte malo, por favor, ¡pues no serás tan nocivo... en siendo un poco peor!

Creo que mis lectores habrán saboreado con gusto esos apuntes del poeta que, sin su pereza y el tiempo que le robó la política, (donde no hizo un papel muy airoso), habría dejado una labor literaria tan grande como hermosa.

INTERVIEW

EL REPORTER.—Veinticinco años, pálido, rubio, gabán: una mezcla de gomoso viajante de comercio y hortera de sedería.

EL INTERROGADO.—Tabernero, grueso, rechoncho. Cuarenta y cinco años. (La escena en la taberna.)

EL REPORTER ¿El señor Chapuzot? EL INTERROGADO Para servir á usted. EL REPORTER Bien, gracias... (Lo examina con atención solemne.) Si, eso es... (Toma notas en la cartera.) EL INTERROGADO ¿A quién tengo el honor de?... EL REPORTER Al reporter jefe del Movimiento... EL INTERROGADO ¿El re... qué?

EL REPORTER...porter jefe del Movimiento. ¿No conoce usted el Movimiento? (Se encoge de hombros). Pero no importa: tengo prisa. Haga usted el favor de contestarme... Ahí: todo, dema una copa. EL INTERROGADO Va en seguida. (Le sirve.) EL REPORTER (Se sienta ante una mesa y se prepara á escribir.)

¿Usted es tabernero? EL INTERROGADO (que toma por festivo la escena). Me parece que sí. EL REPORTER ¿Perro oficial... Pero, en fin, allí usted... Vamos, ¿usted vive en mala inteligencia con su mujer?

EL INTERROGADO (Con usé.) ¿Con mi mujer? ¡Pero si no soy casado! EL REPORTER Es le mismo... ¿Con su querida? EL INTERROGADO ¡Pero si tampoco tengo querida! EL REPORTER Ni mujer ni querida... ¡Bah! A mí no me la da usted. Ya conozco ese sistema. Yo le conozco todo. Pero es inútil eso contra mí. ¿Su mujer de usted lo engaña?... ¿Usted la engaña á ella? ¿Quién engaña á quién?

EL INTERROGADO Pero si ya he dicho á usted que... EL REPORTER ¿Cuál fué el móvil de ese acto de brutalidad? ¿Ha sido una vulgar venganza? ¿Un estallido de ira irreflexiva? ¿Estamos ante un caso pasional? ¿Es el efecto de un atavismo? ¿Cuántos asesinatos ha habido en la familia de usted? ¿No contesta usted nada?

EL INTERROGADO (rascándose la cabeza). Pero ¡caracoles! si he dicho á usted... Otra cosa. ¿Ha habido premeditación al elegir una botella de licor? ¿Por qué de licor y no de vino? En fin, Chapuzot, lo que yo quiero de usted es que con el relato completo de su crimen, con el análisis exacto de las particulares circunstancias, fintimas, conjugales ó sociales que le ha precedido, me dé usted elementos sobre los cuales pueda yo establecer la psicología del delito... EL INTERROGADO Pero...

¿Es usted impulsivo, sensual, degenerado, neurasténico, místico, decadente, dilettanti de la crujiá? ¿Qué es usted? EL INTERROGADO ¡Pero, hombre! Ya se lo he dicho á usted. Soy tabernero, no estoy casado y no entiendo nada de lo que usted dice. EL REPORTER (con serenidad.) Insiste usted en negar, en burlarse de la Prensa. Bien está... Voy á confundirlo á usted... (Saca del bolsillo el «Petit Journal»)... Otra copa.

EL INTERROGADO Va en seguida... (Y le sirve.) Aquí tiene usted lo que dice el Petit Journal: «A consecuencia de un altercado, cuya causa permanece en el misterio, un tal Chapuzot, tabernero en Montrouge...» EL INTERROGADO (con viveza.) ¿Lo ve usted? Ahí dice de Montrouge, y yo soy de Montrouge

EL REPORTER ¿Se llama usted Chapuzot? EL INTERROGADO Sí. EL REPORTER ¿Es usted tabernero?

EL INTERROGADO Sí. EL REPORTER Pues entonces ¿qué importa que sea usted de Montrouge ó de Montmartre? Esos detalles no le importan á la prensa, porque no interesan.

EL INTERROGADO Pero me parece... EL REPORTER En resumen, que usted insiste en no contestar á mis preguntas... Ya verá usted lo que le cuesta burlarse de la prensa, de la gran palanca de la prensa... Le arruinaré á usted, le deshonraré, diré que es usted inestable, infanticida... EL INTERROGADO (aturdido.) ¡Esto es demasiado!

EL REPORTER ¿Dónde está su mujer de usted? ¿Puedo verla? EL INTERROGADO ¡Pero si no tengo mujer!... EL REPORTER ¡No tiene usted mujer, y le tira á la cabeza una botella de licor!... Vaya, sea usted lógico si quiere... EL INTERROGADO (loco) ¡Caramba, caramba, caramba!

EL REPORTER (con énfasis) Vamos. Tenga usted su mujer... Es preciso que la vea, que le pregunte, que estudie su psicología, que averigüe el principio de su atavismo. ¿Cómo es? ¿Rubia? ¿Blanca?... (Silencio) ¿Tiene pasiones fuertes? ¿Es viriosa? ¿Ha abortado por fuerza muchas veces?... (Silencio). Veo que persiste usted en el silencio. Hablemos de otros temas: de música, de arte, de literatura, de derecho, de sociología... (Silencio). ¿Tampoco responde usted? Vaya, veo que es propósito deliberado... Ya le pesará á usted... Venga otra copa.

EL INTERROGADO Va, va... (Y la sirve.) EL REPORTER (apurando el último sorbo). Me marcha... Voy á interrogar á sus vecinos de usted y á los vecinos de sus vecinos... Ya sabe usted que los vecinos de nuestros vecinos son nuestros vecinos... Adiós. (Se dirige hacia la puerta.) EL TABERNERO (llamándole.) ¡Ehl! ¡Oiga usted! ¡Venga acá!

EL REPORTER Ya es tarde. Tengo mucho que hacer... Ahora quiere usted hablar... No puede ser... Lo hubieran usted hecho antes. EL INTERROGADO Pero si no se trata de eso... Es que me debe usted cuatro copas... EL REPORTER (solemne y altanero.) ¡La prensa nunca debe nada!

(Y se va.) OCTAVIO MIRABEAU

La cuestión eterna

CHINA Y LAS POTENCIAS

Mientras el mundo exista y la humanidad no desaparezca de su superficie, siempre será cuestión eterna la ley del más fuerte, desde muy antiguo significada en el adagio popular que dice que «el pez grande se come al chico» y modernamente con las célebres frases de Bismark y Salisbury, representantes de dos tiranías hipócritamente disfrazadas de liberalismo.

Los que siendo representantes del progreso material adoptan como medio de difundir la civilización el cañón y la pólvora, y los que, siendo también del adelanto intelectual, practican como más eficaz este medio, ¿qué se cubren rastro con la máscara del humanitarismo y la filantropía para imponer la civilización con el poder de su armamento y á la sombra de la sangre humeante que embota las inteligencias? ¿No sería más honrado presentarse al descubrimiento, pedirles á los débiles lo que de ellos se quiere, y caso de no darlo, mostrándoles el aspecto imponente y terrorífico de las escuadras y ejércitos reunidos, decirles sin rodeos: «La bolsa ó la vida»... ó las dos cosas á la vez?

Recientes están las declaraciones del viejo estadista chino Li Hung Tchang, las cuales entraban suma importancia, no tanto por la elevada posición política del que las ha hecho, cuanto por ser él muy transigente con la civilización europea. No negaremos que el carácter indolente de los chinos es un obstáculo para que el progreso de la humanidad se verifique; pero sea cual fuere el inconveniente que ese pueblo asiático pueda ofrecer, en nombre de qué, ni con qué derecho van las potencias á robarle (esta es la palabra por fuerte que parece) lo que es tan legítimamente suyo como Europa de los europeos, América de los americanos y Japón de los japoneses?

Porque, como dice muy bien el excañiller del Celeste Imperio: «si nuestros sacerdotes hubieran ido á Europa á enseñar nuestra religión, que es tan respetable como la suya, ¡qué hubieran hecho con ellos!» Si se quiere civilizarlos en nombre de las religiones cristianas, no se comprende que es tan fanático el pueblo que practica una religión pagana, sensual, (asquerosa y horrible si se quiere), como el emperador, rey ó presidente de República que hace sus prácticas religiosas, obliga á sus ejércitos á que las hagan, y desde allí los manda á asesinar y desballijar á una nación en nombre del progreso!

Tremendo es el conflicto. Las naciones, temerosas á la par que sedientas de rapaña y conquista, preparanse á cometer una de las grandes infamias que registra la historia de la humanidad. El mundo entero contempla admirado, á la vez que sobrecogido, un espectáculo que pudiera ser origen de un salto ó retroceso á la edad de piedra; pues si los chinos, aun con su escaso armamento anticuado, lograsen salir vencedores por su número excesivo, en uso de justas represalias invadirían territorios enemigos llevando la desolación y el exterminio.

nio, pues no otra cosa puede esperarse de un pueblo sin civilizar á la europea.

Si las grandes potencias, después que se hayan determinado á una acción común, se desavian por quererse llevar cada una la parte del león, puede ocurrir, mejor dicho, ocurrirá un cataclismo horrible.

Y de todos modos, suceda lo que quiera, quedará patentizado que las palabras de ese filósofo y humanitario autócrata que se llama Czar son una mentira, y que en ellas no hay más que la mala intención del ladrón que quiere robar sin competencia deshaciéndose á traición de sus rivales; que Inglaterra lucha con la rabia que le produce el ver descubierta la falsedad de su inmenso poderío; y que Francia, Alemania y demás naciones que llevan sus armas á China, tienen un miedo cerval y tal desconfianza unas de otras, que no se atreven á lanzar la china.

¡Cobardes! ¡Dónde están los honrados sentimientos de su civilización y de sus religiones, y dónde el valor que caracteriza á las razas viriles que pelean por un ideal, por su independencia!

Al ver las injusticias que en este final de siglo se están cometiendo por las naciones poderosas en nombre de la civilización, ayer con España y hoy con el Transvaal y mañana tal vez con China, se entra en deseos de que el inmenso imperio asiático diese una lección dura á todos esos matones que no se atreven á pelear entre sí, pero que se unen unas veces en espíritu y otras en verdad, para caer sobre las naciones débiles ó indefensas.

PLÁCIDO ARROYO

EL PADRE

(DE COPPÉ.)

Siempre borracho entraba, siempre altivo, y sin ningún motivo, puñetazos le daba á su querida. Dura cadena ató sus corazones, y unió los eslabones la miseria en el fango de la vida.

Por no dormir en noches tenebrosas sobre las frías losas, aceptó la infeliz tal compañía. Ella malhumorada, él displicente, la riña era frecuente, y él al fin á puñadas la rendía.

El vecindario despertaba todo al llegar el beodo á su tabuco, de bebidas harto. La vieja puerta abría á empellones... Se oían maldiciones... Después quedaba silencio el cuarto.

El invierno arriaba. Un triste día en que lenta caía á los techos la nieve como un manto, un hijo les nació. Y esa inocente inmaculada frente, no tuvo más bautismo que el del llanto.

A la siguiente noche, el rostro duro, á tientas por el muro, llegó á la puerta de su hogar el padre: Detóvose de pronto el inhumano, pero no alzó la mano... La respetó el borracho... ¡Ya era madre!

Al ver extraviada su pupila y que duda y vacila y á darle puntapiés no se decide, meciendo al niño que dormía, —¡Infame! le dijo, muerte dame; ¿No me pegas? ¿Por qué? ¿Quién te lo impide?

Te aguardé todo el día; estoy dispuesta; ¡Más barato te cuesta hoy el pan! ¿El invierno es menos triste? ¿Licor en las tabernas no encontraste? ¿Acaso te enmendaste? ¿Borracho como siempre no viniste?

Fingió el turbado padre no oír nada. Dió al hijo una mirada, mezcla de estupidez y de cariño, y dijo á la mujer: «¿Por qué me ofendes? ¿Acaso no comprendes, que si te pegó se despierta el niño?»

ENRIQUE ARCINIEGAS

EL SUEÑO DEL BORRACHO

Cuando Pedro cayó rendido por el vino, vió que el mundo estaba más alegre que de ordinario y que le decía su amigo el tabernero:

—Despierta, que te han nombrado capitán general de todas las botellas de Madrid, y vas á pasarlas revista. Ponte el uniforme.

Se puso sus zapatos de corcho, polainas de cuero, casaca verde botella y un casco plateado como el de los tapones del champañ. Desenvainó su sacacorchos, montó en un pellejo, y marchó al Prado al frente de su escolta.

«Cómo brillaban al sol los vidrios de los cascos, el estaño de los gorrietas y los colores de los líquidos, y con qué orgullo lucían innumerables botellas las etiquetas de sus fábricas! ¡Qué bien formadas estaban en orden de parada, que tenía su cabeza en el Hipódromo y su terminación desconocida! Los vinos generosos y añejos formaban el Estado Mayor, y marchaban en la escolta como agregados extranjeros, llamando la atención el Rhin, que alzaba su largo cuello con orgullo; el ginebra, envuelto en su gabán gris, que le llegaba á los talones; los vinos de Italia, vestidos á la ligera con lindas esterillas y los de Burdeos con fundas de paja puntiagudas. ¡Cuántos y qué variados uniformes iban en la escolta!

Era la artillería en aquel ejército e



COSAS LITERARIAS Y ARTÍSTICAS

ESCRITORES AMERICANOS

ALBERTO MEMBREÑO

Tres son los libros que conozco de este laborioso escritor: *Repertorio alfabético de Jurisprudencia*, *Elementos de práctica forense en materia civil y Hondureñismos*.

Y aun cuando por lo heterogéneo de tan varias materias pudiera creerse que lo que en unos resultara excelente labor, habría de resultar pobreza y deficiencia en otros, el más ligero exámen viene á comprobar todo lo contrario. Que unos y otros, ya se traten de cuestiones jurídicas, ya de abstrusas é intrincadas de filología, brillan al igual por la claridad de la exposición, la lógica inflexible del razonamiento y lo práctico de las conclusiones.

Juzgando uno de sus estudios, ha dicho la *Revista General de Jurisprudencia*, de Madrid: «condensa, merced á un adecuado método, la doctrina del procedimiento, relacionándola, sin dilaciones monótonas ni amplificaciones innecesarias, con el derecho sustantivo correspondiente, buscando para ello la debida correlación con los textos de los códigos Civil, de Minería y de Comercio.» Y esto, que parece fácil tarea, no es cosa hacedera más que para aquellos que á un sólido juicio y una inteligencia no vulgar, unen vasta erudición.

Cierto, que cuando los estudios jurídicos se hacen sólo por concordar, esclarecer y facilitar la aplicación de la ley, su valor es circunstancial, perdiendo en espontaneidad y carácter ideal cuanto ganan en sentido práctico y utilitario. Pero, aun en esto propio no existen mérito positivo y excelencias. ¿Qué hubiera sido de las grandiosas concepciones de Ahrens, Bastiat ó Bluntschli; de las nuevas tendencias de Lombroso, Holtzendorff ó Puglia, y de las investigaciones de Raleigh ó Sumner-Maine, sin el trabajo que tiende á encarnarlas en las legislaciones modernas y sin la labor paciente y altamente útil de los que pretenden llevarlas á todas las conciencias y que alientan en las costumbres populares?

Natural, llano y sencillo, cumplió en sus estudios jurídicos el propósito que le animara, sin alardes pretenciosos ni fingidas é irresistibles modestias, tan al uso, y á través de cuyas mallas se dibuja siempre la carátula de la soberbia; y por esto, y por el valor intrínseco de sus trabajos, merece aplausos sinceros y encomios justísimos.

Pero donde se nos revela original, y como hombre de excepcional cultura, es en *Hondureñismos*.

El mayor elogio que de este trabajo puede hacerse, es decir, que se lee sin cansancio, que inspira verdadero interés y que no desmerece de otros análogos con que honraron la literatura hispano-americana los ilustres Bello, Irisarri, Baralt, Cuervo y Marroquín.

Fué su plan comprender: 1.º La etimología indígena de los nombres de lugares, montañas, ríos, etc., de la República. 2.º Los nombres con su etimología de las cosas indígenas de uso común. 3.º Las palabras que se usan en el trato diario y que, aunque son muy españolas, por ser antiguas ó por cualquier otra causa no figuran en el Diccionario de la Academia. 4.º Las voces españolas corrompidas. Y 5.º Los nombres de los vegetales y animales del territorio hondureño que no constan en las obras de botánica y zoología. Y aun cuando este empeño meritísimo no logró cumplida realización, por dificultades insuperables, trabajó en él con tanto cariño, mostró tanta inteligencia y tan copiosa y sana erudición, se nos reveló tan amante de nuestra habla clásica y de su brillante porvenir, que su libro se habrá de consultar constantemente por los que se entregan á estos estudios fructuosos.

Lo avaloran, y esto es de lo más interesante, vocabularios de los idiomas Moreno, Zambo, Sumo, Paya, Jicaque, Lenco y Chosti, en los que tantas tradiciones pudieran encontrarse, ya referentes á los años primeros de la Edad colonial, ya al inmenso lapso de tiempo anterior, en que una tan espléndida civilización se extendiera por la América Central.

Las tradiciones! Nada hay comparable á las enseñanzas que encierran! ¿Quién no conoce las que atribuyeron la horrible plaga de los terremotos á una serpiente monstruosa que se revolvió en las grutas profundas; á los esfuerzos de un demonio que pretendía sacudir las rocas que lo aplastaban, ó á los saltos que los dioses jugueteos se entretenían en dar de montaña en montaña? ¿Quién, al tratar de los volcanes, ignora las creencias de aquellos miserios pueblos que veían hervir en el fondo de los más espantables abismos inmensas masas de oro? ¿Quién, que, á raíz de descubrirse el continente americano, hubo monjes que pretendieron extraer tales riquezas primero echando un caldero á la sima y después perforando un túnel en el costado de la montaña?

Los misioneros cristianos, por un sentimiento análogo al de los sacerdotes japoneses, vieron en las montañas ardientes no la obra de un Dios, sino la de Satán, y de aquí el que se dirigieran en procesión al borde de los crateres para exorcizarlos. Y cuentan las crónicas, que los monjes de Nicaragua subieron al terrible volcán de Motombo para calmarlo con sus conjuros, pero no volvieron jamás: el monstruo los devoró.

¿No es curiosa esta mezcla de avaricia loca, de superstición y de crasa ignorancia? ¿Las tradiciones! ¿Tantas y tantas nos brindarían con materiales interesantes para

la reconstrucción de la historia antigua de estos pueblos!

El camino, para lograrlo, sería partir de lo que actualmente se conoce, y ahondar entre las sombras, auxiliados por la antropología, la filología y la arqueología.

¿Por qué el señor Membreño, que tan excelentes condiciones muestra, no inicia estos esfuerzos meritísimos?

Si las lenguas son el espíritu de los pueblos ¿por qué el hábil director no investiga y reconstruye, y nos ofrece la gran copia de sus trabajos que tanta luz haría en las edades primeras de la región centro-americana? ¿Por qué dejar perderse estérilmente esos soberbios testimonios?

Y si esto pareciera mucho para un hombre ¿por qué no se lanza á hacerlo la academia científico-literaria de Honduras? En ella existen hombres inteligentes que, contando con el auxilio del general Sierra, tan amante de las ciencias y del progreso de su pueblo, obtendrían copiosa cosecha. Unos al estudio geográfico, cronológico, antropológico y de filología, y otros al de los que la ciencia llama fuentes históricas, concluirían por hacer luz en el caos y orientar á los que viven dedicados á estos trabajos.

Si las Academias han de ser algo útil y provechosas, es esto: centros en que se fomenta la investigación y se favorezca la exposición científica, que de otra suerte se transforman en arcáicos y destartados caserones, en que la polilla y las telarañas reinan como absolutos soberanos.

Y en esta labor, por las muestras de filología que el señor Membreño ofrece, habría éste de ocupar lugar preeminente.

¿A qué se debe si no es á estos esfuerzos, los grandes horizontes que se han abierto ante la investigación histórica? ¿A qué si no á ellos, el conocimiento que en la actualidad se tiene de los pueblos orientales, y de las fases bárbara y salvaje del hombre? ¿A qué el convencimiento de que todo en la vida es mudable y se transforma, y que á un periodo anterior en que el patriarcado fuera la base de la sociedad, se rindió culto al matriarcado y aún antes que éste al hetairismo?

De tal suerte varían las leyes de la vida con el conocimiento exacto de la historia. Trabaje con ahínco el señor Membreño; no se desaliente, por contrariedades que pudieran atajarle, y tenga por seguro que el porvenir apreciará su tarea como la más provechosa para los intereses de su pueblo.

ENRIQUE ROGER

HIMNO AL ODIO

Salud, mal comprendida pasión de los humanos; destello luminoso del justiciero Dios; que habitas en el alma de todos mis hermanos y haces temblar los mundos al eco de tu voz.

Salud á ti que alientas la fe de los vencidos; salud á ti que guardas la herencia de Caín y al fiero impulso de ella levantas los caídos que encuentran en tu seno de su martirio el fin.

¿Por qué permites, odio, que hipócritas te nieguen los mismos que te brindan por templo el corazón? ¿Por qué consentes luego que humildes á ti lleguen pidiéndote energías en pago á su traición?

¡Ingratos! sin el fuego que enciendes en sus venas, sin el vigor potente que encuentran en tu fe, ¿lograron los esclavos, rompiendo sus cadenas, en la cerviz odiada poner su altivo pie?

Tú has dado al miserable la ley que al poderoso, has igualado al blanco y al hombre de color, y al confudir las razas tu impulso generoso has sido el verdadero y el sólo redentor.

Tú has hecho del mendigo señor de los señores; tú diste á los pontífices en un fraile un rival; tú empuja ha derribado del trono á los errores; rompiendo el degma has hecho del hombre un dios.

¿Qué importa que te execren á coro los humanos? ¿Qué importa que te nieguen cobardes á una voz? ¡Si habitas en el alma de todos mis hermanos! ¡Si tú eres de los hombres el verdadero Dios!

G. NUÑEZ DE PRADO

Información curiosa

Hace ya bastante tiempo el gobierno de los Estados Unidos mandó abrir una información general sobre la condición en que vivían los obreros de distintos países, encomendándosela á Mr. E. R. L. Gould, quien llamó en su auxilio á personas de grande experiencia.

Del Estudio hecho por Mr. Gould, sólo conocemos lo que se refiere á la industria del hierro en cinco países: los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania y Bélgica.

Los datos que aporta ofrecen el más vivo interés, porque con ellos á la vista se puede apreciar la influencia que ejercen los salarios en los precios de producción y en la condición moral y material de los trabajadores.

Mr. Gould toma por base de su estudio la familia obrera, á la cual considera como unidad social, y para simplificar su trabajo publica multitud de datos referentes: 1.º, al número de individuos de que se compone por término medio cada familia; 2.º, á la habitación que ocupan; 3.º, á sus recursos; y 4.º, al empleo que dan á estos recursos.

Metodizada de esta manera la obra, Mr. Gould reúne números y más nú-

meros para llegar á las conclusiones siguientes, que son las únicas dignas de fijar la atención:

En los Estados Unidos y en Inglaterra, la familia es menos numerosa que en los restantes. Lo es más que en ningún otro, en Alemania. Cada familia cuenta en Alemania, por término medio, con 6 individuos; en Bélgica, con 5'5; en Francia, con 5'3, y en Inglaterra y en los Estados Unidos, con 4'8.

La familia americana, que es la menos numerosa, es la mejor retribuida. Su salario anual se eleva á 3.920 pesetas, mientras que en Inglaterra es de 2.599, en Francia de 2.323, en Bélgica de 1.796 y en Alemania de 1.411.

Después de los ingresos, los gastos. El americano dedica 536 pesetas, ó sea el 16 por 100 de su haber, al alquiler de casa; 1.406 á la alimentación; 619 á vestir; 125 á bebidas espirituosas; 65'85 al tabaco; 41'25 á libros y periódicos, y 1.282 á otros dispendios.

El inglés dedica 266 pesetas, ó sea el 11 por 100, á la habitación; 1.130 á la alimentación; 478 á vestir; 133'45 á bebidas espirituosas; 63'65 al tabaco; 29'20 á libros y periódicos, y 809'90 á varios gastos.

Para el francés, los mismos captulos representan estas cifras: alquiler, 154 pesetas; alimentación, 979; vestir, 445; bebidas espirituosas, 233'65; tabaco, 26'30; libros y periódicos, 14,75; el resto, 596'65.

Para el belga: alquiler, 171; alimentación, 825; vestir, 417; bebidas espirituosas, 92; tabaco, 28; libros y periódicos, 16.

Para el alemán: alquiler, 88 pesetas; alimentación, 737; vestir, 274; bebidas espirituosas, 74; tabaco, 20'25; libros y periódicos, 12'20.

Dato curioso. La familia americana dispone de seis habitaciones; la inglesa de 4,2; la francesa de 4; la belga de 3,5; la alemana, de 1'9.

Otro dato digno de recogerse. La familia americana economiza 563 pesetas, ó el once por ciento; la inglesa, 196, ó 7 por ciento; la francesa, 318, ó 13,7 por 100; la belga, 29, ó 16 por 100, y la alemana no debe economizar nada, puesto que Mr. Gould deja en blanco la columna.

Europa no sale bien parada de la comparación con América. El obrero de los Estados Unidos, según demuestra monsieur Gould, gana más, ahorra más y vive mejor que sus compañeros del viejo mundo.

Las anteriores cifras ponen de manifiesto que el desarrollo de la libertad corroe parejas con el de la industria, y que á la prosperidad de la industria acompaña siempre mayor suma de bienestar en los obreros.

Cómo se muere en el Hospital Militar

«Llega á nuestra noticia un suceso que se presta á muy tristes consideraciones, por falta del clero en cumplir sagrados deberes. Pero relatemos ante el hecho para que nuestros lectores puedan juzgar.

El inteligente y digno capitán de Infantería don Mariano Pérez de Mendiola venía sufriendo desde hace dos años una grave enfermedad; en cuyo tratamiento agotó todos sus recursos y exigió últimamente una operación de extraordinaria importancia, la trepanación, que, aun siendo de resultados muy inciertos, se imponía ante alguna esperanza de salvar su vida.

Decidido á ella, y careciendo de medios para que se verificase en su casa, usando de sus derechos como militar, ingresó el día 2 del corriente en el Hospital de Carabanchel, habiendo cumplido previamente con sus deberes de cristiano; ya allí, confesó otras dos veces con el padre capellán del establecimiento, la segunda en la víspera del horrible sacrificio: indudablemente tenía el presentimiento de una desgracia.

El 7, á las nueve y cuarto de la mañana, dió principio á la cruenta operación el notable operador médico primero don Eduardo Semprún, presenciándola el director y todo el personal facultativo del Hospital, que, dicho sea de paso, sólo elogios merece por su inteligencia y cuidado á los enfermos.

Fué realizada aquélla con una maestría y precisión admirables, sin que faltase el menor elemento ni detalle de los que impone la moderna cirugía para tan arriesgados casos; pero ya terminada, y á consecuencia de encontrarse el cerebro sin la presión del enorme sarcoma extraído, sobrevino el colapso, que fué combatido con energía y rapidez, pero sin conseguir vencerlo, acabando con su vida en media hora.

En aquellos momentos apareció en la puerta de la sala el padre capellán, y después de enterarse de lo que ocurría, se retiró sin cumplir con su deber de administrar el último de los Sacramentos al caballero capitán en su estado agónico. Sorprendió el caso, máxime tratándose de quien le había dado recientes pruebas de ser ferviente católico.

No contando la familia con recursos para el entierro, tuvo que sufragar los gastos el hospital, dentro de la modestísima esfera del abono que hace el Estado, y al siguiente día, á las cuatro de la tarde, se verificó el fúnebre acto, con la asistencia de una veintena de amigos y compañeros del infortunado capitán; fué sacado el féretro del depósito y llevado al coche fúnebre, sin que apareciese ninguno de los dos capellanes que hay en el hospital, y cuya presencia era tan necesaria en aquel solemne acto y hasta obligatoria para acompañar al muerto rezando las preces que la Iglesia tiene establecidas. Causó el hecho general extrañeza, y fueron muy vivos los comentarios que se hicieron.

Ya el féretro en el cementerio, se procedió á darle sepultura sin que un sacerdote bendijera aquel cuerpo ni rezara las oraciones que todo cristiano recibe cuando le cubre la tierra, continuando no ya el asombro, sino la indignación de los circunstantes. Allí se supo que el cementerio no era propiedad del ayuntamiento, sino del obispado; que para haber acompañado el cura del pueblo el féretro y rezado las plegarias de rúbrica, era necesario se le abonase previamente 19 pesetas; y es claro que la familia no pudo dar lo que no tenía, resultando que por el delito de ser pobre el difunto, se le negó el derecho de ser sepultado como cristiano: estúpida teoría que por fortuna no tiene muchos partidarios.

Es indudable que, en tan triste suceso, ni la parte castrense ni la eclesiástica cumplieron con sus deberes; aquélla, porque es imposible suponer que dos capellanes que tiene el hospital con la única obligación de la misa y asistencia á los moribundos, les rinda el trabajo de tal modo que los dejen abandonados y ni aun se ocupen de bendecir sus cadáveres; ¿qué hacen allí, pues? Cobrar el sueldo y ser unas fieras para el descanso: no cabe duda.

Respecto á la parte eclesiástica, en poco estima el señor párroco de Carabanchel las doctrinas del Crucificado, puesto que no las practica si no se las pagan; y así entienden su misión algunos de los ministros del Señor, vendiendo sus rezos por un puñado de pesetas, y si no las hay qué importa el muerto, ni lo que nos enseña el catecismo, ni el esplendor de la Iglesia?

Pocos días después del referido suceso, ocurrió otro no menos triste en análogas condiciones, siendo el fallecido un comandante. Otros muchos casos habrán ocurrido, porque se conoce que allí impera de antiguo el olvido de cristianas prácticas; pero por el decoro de la clase militar, por el prestigio del clero, por los respetos que merecen los muertos, hay que evitar su repetición, imponiéndose la necesidad de hacer público el abuso que se comete por unos y otros, para que las autoridades de ambas jurisdicciones hagan cumplir á sus subordinados con los deberes que impone su sagrado ministerio. Es lo menos que se puede pedir.

EL EJERCITO ESPAÑOL  
Madrid 26 Junio 1900.

Pensamientos morales

El arrepentimiento es el último beneficio, y casi siempre el mayor, que nos producen nuestros defectos.

Las mujeres, ó no piensan en nada, ó piensan en otra cosa.

Da muchas limosnas, pero sin que te conozca el que las recibe. Así evitas las ingratitudes y los abusos.

Cuando se ve la vida tal cual Dios la ha hecho, no se puede menos de darle gracias por haber hecho la muerte.

Es muy raro que dos mujeres sean de una misma opinión: excepto cuando hablan mal de una tercera.

Yo quisiera saber por qué las mujeres, que son implacables para con ellas mismas, se irritan contra nosotros cuando hablamos mal del sexo bello.

La mujer no puede jamás degradarse ni caer tan bajo como el hombre, porque siempre hay algo de amor en su primera falta.

Los hombres tienen el derecho de hablar de las mujeres; jamás de la mujer.

Las mujeres verdaderamente bellas no tienen más pudor que el precisamente necesario para hacer apreciar su belleza.

La experiencia y la filosofía que no conducen á la caridad y á la indulgencia, son dos adquisiciones que no valen lo que cuestan.

La muerte de aquel que ha prestado un servicio, no libra del agradecimiento al que lo ha recibido.

La maledicencia y la calumnia no irían á ninguna parte si no hubiera imbéciles que les facilitarían el camino.

Que las mujeres graben en su memoria la siguiente máxima: sólo es digno de su amor el que las ha juzgado dignas de su respeto.

Prefiero los malvados á los imbéciles;

aquéllos pueden enmendarse alguna vez; éstos nunca.

Los que hemos querido verdaderamente no están donde solían estar, pero están siempre donde estamos nosotros.

Todas las mujeres quieren más el que se las estime, que el que se las respete.

Infinitos hombres mueren sin haber creado nada; pero ni uno solo muere, aun al nacer, sin haber destruido.

¿Sabéis lo que es el deber? Es lo que exigimos á los demás.

A menudo es la mujer la que nos inspira grandes cosas y la que nos impide llevarlas á cabo.

ALEJANDRO DUMAS (HIJO)

«La Corres, inmoral!»

¡Válgame Dios, *Siglo Futuro* de nuestros pecados, y qué folloñico tan amarrachado y miserable has sido siempre!

¡A mal compañero y á combatiente con armas prohibidas no hay quien te gane, y á estas horas puede decirse que entre los diarios neos eres el único malandrín capaz de ciertas felonías piadosas que acaso repugnan *La Lectura Dominical*, de Arce, y *La Semana Católica*, del ñoño y aprovechado Quilez.

La verdad; sólo que existas constituye una vergüenza para España, y si en la prensa de Madrid hubiera buen sentido y... lo que debe haber, si nuestros compañeros pensaran como nosotros, hace mucho tiempo que no vivirías, *Siglo* empecatado, ni tu amo el Nocedal pasaría las calles de Madrid.

Que tengas un odio feroz, como que es producto de la envidia hacia los rotativos, odio que crece según ellos se van haciendo más neos, pase; que los combatas, santo y bueno, pues no serán perfectos; pero que dispires tan á traición y cobardemente como acabas de hacerlo con la pobre *Corres* inofensiva, indefensa, porque los neos la tenéis maniatada, anémica, sin lectores apenas y en la postración propia de quien ha bebido á cántaras el veneno ultramontano, francamente, eso no puede quedar sin durísimo correctivo.

La *Correspondencia* y lo imposible, se titula el suelto insidioso, envenenado y descaradamente embustero, en el que, después de excitar al claro y á los fieles á no leer al colega y á los otros rotativos, invocando prohibiciones episcopales (señal que no las hay pontificias y de derecho general) que no existen en esta diócesis (que las exhiba Nocedal), acusa de antecedentes pornográficos á *La Corres*, con notoria falsedad; y refiriéndose á un artículo de Luis González Gil, dice el muy bello de *El Siglo Futuro*:

«Es que anoche, en primera plana, entre los fondos, publica un *Nocturno* donde, con todos su pelos y señales, con un *naturalismo* y un *realismo* de que no hay ejemplo en los periódicos más desvergonzados, con que no se puede comparar ni el número de *Vida Nueva* recogido por estampar con todas sus letras las palabras más soeces, invitan á los que se cansan de dar vueltas por las noches en los Jardines del Retiro, y de oír músicas y gorgoritos, y quieran divertirse...»

Pues invita á lo que no se puede invitar. Y cuenta lo que no puede contarse. Y dice lo que no puede decirse. Ni leerse.

Ni escribirse... El *Nocturno* de *La Correspondencia* de anoche inaugura una nueva sección, de que no nos es posible dar más noticias: reseñas de los burdeles.

Ahora más que nunca se puede decir de los agentes de policía urbana, y de los agentes de Seguridad, y del alcalde y del gobernador:

«Pero esos hombres, ¿para qué sirven? ¡Excelentes lecturas proporcionan á sus hijos y á sus hijas los padres que dejan entrar en sus casas á *La Correspondencia de España!*»

Este final policiaco es un acto de indigna soplonería para que denuncian al pobre periódico neo que fué de Santana.

Ahora lo gordo. Lefmos el artículo, titulado *Nocturno*, y... no tenía absolutamente nada de lo que dijo rasgando sus manchadas vestiduras el gran fariseo; era un trabajo, anodino como el cerato simple.

Bien empleado les está á *La Corres* y á sus colegas en neismo rotativo lo que les pasa con la campaña feroz é incauta de que están siendo objeto en confesonarios, pulpitos y periódicos ultramontanos; ya se lo ha dicho Alfredo Calderón elocuentemente y nosotros repetidas veces; por ellos, de *El Liberal* abajo, siempre mansos... y ¡aguanta cachete y calla! cómo les decía el Nocedal.

«Creerán ustedes que el autor del artículo, en vez de revolverse contra la infame calumnia y dar su merecido al Tartufo del teñido bigote, sale días después con una frasecita, todo medroso y sin atreverse ni á nombrar á *El Siglo!*»

«¿Lo queréis colegas? ¿Os gustan los golpes de badila nea en vuestros neos nudillos? Pues permita Dios que os matéis á badilazos. Entra tanto...»

Aguanta cachete y calla... y vete quedando sin lectores.

EL PAIS

MADRID—IMPRESA, ENCARNAÇÃO